

UN RELATO DE YORGOS IOANU (1927-1985): «+ 13-12-43», DE LA COLECCIÓN *POR AMOR PROPIO* (ΓΙΑ ΕΝΑ ΦΙΛΟΤΙΜΟ, 1964)

AMOR LÓPEZ JIMENO
Universidad de Valladolid

SUMMARY

The auctor translates and comments a brief story (πηζογράφημα) by Georges Ioannou, an writer of the named «School of Thessaloniki», who cultivated this gender with skill. This brief story, «+ 13-12-43», belongs to the collection Για ένα φιλότιμο, (1964) and it is inspired in the memories of the War and the Occupation.

1. DATOS BIOGRÁFICOS*

Yorgos Ioanu nació en Tesalónica en noviembre de 1927, en una familia de refugiados procedente de la Tracia Oriental (Redestós-Kessani). En Tesalónica completó sus estudios de Historia y Arqueología, en la Facultad de Letras de la Universidad Aristotélica, donde trabajó posteriormente un tiempo como Profesor Ayudante en la Cátedra de Historia Antigua. Trabajó después como profesor en colegios priva-

* Agradecemos sinceramente a la familia de Yorgos Ioanu (su hermana, Dímitra Milaraki-Ioanu, su madre, Azanasía Ioanu, y su cuñado, Mijalis Milarakis), la generosa aportación de algunos datos biográficos del autor, así como su disponibilidad en todo momento para facilitar nuestro trabajo.

dos de Atenas y en provincias, hasta ganar su plaza en la Enseñanza Secundaria. En 1962 es enviado a Banghâzi, Libia, donde funda el Instituto Griego, en el cual enseñará durante dos años.

Desde 1971, se establece de manera definitiva en Atenas, prestando sus servicios en el Ministerio de Educación. El 16 de febrero de 1985 fallece en el Hospital Sismanoglio de Atenas, tras una sencilla operación de próstata.

2. OBRAS DE IOANU

Filólogo, profesor y etnógrafo, además de escritor, pertenece al grupo de autores salonicenses que, nacidos hacia 1925, hacen su aparición en el panorama literario en la década de los 50. Criados a caballo de la II Guerra Mundial y la Guerra Civil, en seguida toman conciencia de la realidad de su país y muchos de ellos se implican políticamente con la izquierda, a la vez que intentar recuperar las formas expresivas en la creación literaria. En este grupo se incluyen escritores de la talla de Vasilis Vasiliçós, Kostas Tajtsís, o Yorgos Jimonás.

Ioanu, por su parte, cultivó, sobre todo, el relato, pero también escribió poemas y ensayos. Sus relatos breves en prosa, que él mismo denomina *πηζογραφήματα* (prosas), se caracterizan por un tono personal —narrador en primera persona— y realista, muchas veces irónico, incluso sarcástico, siempre con el trasfondo de la ciudad de Salónica y sus gentes.

Yorgos Ioanu comienza su andadura literaria como poeta. Su primer libro es la pequeña colección poética de *Ηλιοτρόπια* (*Girasoles*, 1954), a la que sigue *Τα χίλια δέντρα* (*Los Mil Árboles*, 1964), nombre de un famoso pinar a las afueras de Tesalónica, también llamado Seij-Su¹. Al año siguiente aparece su primer libro de relatos en prosa, *Για ένα φιλότιμο* (*Por amor propio*, 1964), acogido con admiración por crítica y público, lo que le anima a continuar cultivando este género en exclusiva y abandonar la poesía. En esta línea escribe el grueso de su producción: *Η Σαρκοφάγος* (*El sarcófago*, 1971), *Η μόνη κληρονομιά* (*La única herencia*, 1974), *Το δικό μας αίμα* (*Nuestra sangre*, 1978),

¹ Durante la ocupación los alemanes establecieron aquí un campamento de adiestramiento de perros para perseguir a los de la resistencia. Vid el relato «Los perros de Seij-Sú», de su libro *La única herencia*.

Επιτάφιος θρήνος (*Lamento funerario*, 1980), *Ομόνοια 1980* (*Omonia 1980*, 1980) *Κοιτάσματα* (*Sedimentos*, 1981), *Πολλαπλά κατάγματα* (*Fracturas múltiples*, 1981), *Εφήβων και μή* (*Efebos y no*, 1982), *Καταπακτική* (*Escotillón*, 1982), *Εύφλεκτη χώρα* (*País inflamable*, 1982), y *Η πρωτεύουσα των προσφύγων* (*La capital de los refugiados*, 1984), su última obra de relatos. Publica además la obra de teatro para niños *Το αυγό της κότας*, (*El huevo de la gallina*, 1981), representada en el Teatro Nacional. Póstumamente apareció la «lectura infantil» *Ο Πίκος και η Πίκα* (1986).

Ioanu se ocupó también activamente de recuperar la tradición popular griega, escribiendo introducciones, comentarios y glosarios de los siguientes trabajos: *Τα δημοτικά μας τραγούδια* (*Nuestras canciones populares*, 1966), *Μαγικά παραμύθια του Ελληνικού λαού* (*Cuentos mágicos del pueblo griego*, 1966), *Παραλογές* (*Absurdos*, 1970), *Καραγκιόζης* (*Karanguiosis*², 1971-72, 3 tomos) y *Παραμύθια του λαού μας* (*Cuentos de nuestro pueblo*, 1973).

Trasladó además obras del griego clásico al moderno con los respectivos comentarios: la tragedia de Eurípides *Ifigenia entre los Tauros* (1969), el Libro XII de la *Antología Palatina*, titulado «Musa infantil de Estratón» (*Στράτωνος Μούσα Παιδική*, 1980), así como, del latín, la *Germania* de Tácito (1981), y se ocupó de la edición, con introducción y comentarios propios, del *Diario* de Filippos S. Dragumis, (1984). Tradujo además al poeta checo Petr Betruťs y algunos capítulos de las *Confesiones* de San Agustín.

Como fruto de sus investigaciones filológicas en 1985 publicó una serie de ensayos sobre Papadiamantis, Kavafis y Lapaciotis³, titulada *El amor de la naturaleza* (*Ο της φύσεως έρως*).

Finalmente, Ioanu sacó adelante por sí solo la publicación periódica de la revista *Φυλλάδιο* (*Fascículo*), desde 1978 hasta su muerte en 1985 (8 números), además de colaborar regularmente con otras revistas y periódicos.

En 1982 se grabó el disco *Κέντρο Διερχομένων*, con versos de Yorgos Ioanu y música de N. Mamankaki. Existe además en el merca-

² El popular teatro de sombras, editado por Ioanu.

³ Napoleón Lapaciotis (1888-1943), poeta del 20, seguidor de Oscar Wilde en sus primeros poemas, melancólico y desesperado en los últimos, al estilo de su coetáneo Kario-takis.

do una cinta magnetofónica donde el propio Ioanu lee algunos de sus textos: Ο Ιωάννου διαβάζει τον Ιωάννου.

Finalmente, ha sido traducido al inglés¹ y al francés⁵. En breve aparecerá la primera traducción en castellano de una obra de Ioanu⁶.

Ioanu es considerado como el introductor en las letras griegas del relato breve, que se sitúa entre el ensayo y el relato de las peripecias psicológicas del narrador. Este nuevo género literario, así como los principios estéticos generales de Ioanu, han ejercido hasta la actualidad una poderosa influencia en la prosa griega contemporánea. Su creación se basa en sus propias vivencias y experiencias vitales. El mismo sostenía que no se puede escribir buena literatura si las palabras no están cargadas de vida y si el autor no la palpa con su alma y su espíritu. Y, en efecto, su obra rezuma sensibilidad y emoción contenida.

Obras:

poesía:

1954 *Ηλιοτρόπια*, (ποιήματα) *Girasoles*, (poemas)

1963 *Τα χίλια δέντρα* (*Los Mil Arboles*)

relatos:

1964 *Για ένα φιλότιμο*, (πηζογραφήματα) *Por amor propio*

1971 *Η Σαρκοφάγος*, (πηζογραφήματα) *El sarcófago*

1974 *Η μόνη κληρονομιά*, (διηγήματα) *La única herencia*

1978 *Το δικό μας αίμα*, (πηζογραφήματα) *Nuestra sangre*

1980 *Ομόνοια 1980*, (πηζογραφήματα) *Omonia 1980*

1980 *Επιτάφιος θρήνος*, (διηγήματα) *Lamento funerario*

1981 *Κοιτάσματα*, (πεζά κείμενα) *Sedimentos*

1981 *Πολλαπλά κατάγματα* (πηζογραφήματα) *Fracturas múltiples*

1982 *Εφήβων και μη*, (πεζά κείμενα) *Efebos y no*

1982 *Εύφλεκτη χώρα*, (πεζά κείμενα) *País inflamable*

1984 *Η πρωτεύουσα των προσφύγων* (πηζογραφήματα) *La capital de los refugiados*

¹ *Good Friday Vigil*, trad. P. MacKridge-J. Willcox, Kedros, Atenas, 1995

⁵ *Le Sarkophage*, trad. M. Volkovitch, Paris, Climats, 1992.

⁶ *El sarcófago*, trad. R. Bermejo-E. Ibáñez-A. López, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1998.

ensayos:

1966 *Τα δημοτικά μας τραγούδια (Nuestras canciones populares)*,

1966 *Μαγικά παραμύθια του Ελληνικού λαού (Cuentos mágicos del pueblo griego)*

1970 *Παραλογές (Absurdos)*,

1971-72 *Καραγκιόζης (Karanguiosis, 3 tomos)*

1973 *Παραμύθια του λαού μας (Cuentos de nuestro pueblo)*.

1985 *Ο της φύσεως έρωσ El amor natural* (sobre Papadiamantis, Kavafis y Lapaciotis).

otras:

1981 *Το αυγό της κότας, (θεατρικό) El buevo de gallina* (obra de teatro infantil)

1984 *Αλεξάνδρεια 1916, (Ημερολόγιο) Alejandría 1916* (Diario)

traducciones de Ioanu:

Le sarcophage, trad. M. Volkocitch, Paris, Climats, 1992.

Good Friday Vigil, trad. P. Mackridge- J. Wilcox, Atenas, Kedros, 1995.

El sarcófago, trad. R. Bermejo-E. Ibáñez-A. López, Valladolid, Servicio de publicaciones de la Universidad de Valladolid.

3. Firmemente asentada en la realidad, si algo caracteriza la prosa de Ioanu es su carácter tesalonicense. En sus relatos conforma todo un cuadro escénico de su ciudad natal, aunque sin caer en el costumbrismo. Sin embargo, la procedencia minorasiática de su familia es patente en su obra, como en todos los autores que se vieron desarraigados de su patria milenaria. Las alusiones a pequeños detalles concretos, retazos de su vida, o a recuerdos de sus mayores que le son transmitidos por tradición oral, son constantes en sus relatos. Igualmente, son continuas las referencias a su núcleo familiar más próximo: a sus padres, sus hermanos —el menor, muerto prematuramente—, su abuela y otros parientes más lejanos. Los recuerdos infantiles se cuelan en su memoria, no siempre teñidos de nostalgia dulce, sino a veces con tremenda amargura y su característica ironía. Su infancia, indudablemente, como la de todos los niños que crecieron en la guerra, estuvo impregnada de claroscuros ...

Además de ese entorno familiar más inmediato que, inevitablemente, inspira gran parte de su creación literaria, cabe destacar otras fuentes de inspiración.

Una de ellas, como hemos indicado, es la propia ciudad de Tesalónica, de Salónica. Ioanu es un autor fundamentalmente salonicense y, en ese sentido, su adscripción a la llamada «Escuela de Tesalónica», que se ha querido oponer a menudo a la «Escuela de Atenas», no sería desacertada. En sus relatos, especialmente los de la primera etapa, hasta su establecimiento en la capital, pinta vívidas escenas de su ciudad, con la naturalidad y frescura de quien vive y se desenvuelve en ese contexto. Afloran sus calles, sus iglesias, sus monumentos, los cines de barrio, pero sobre todo, sus gentes —los niños con los que jugaba, los judíos⁷, las putas, los taberneros, los tenderos del barrio, los trabajadores del puerto, etc. etc.—. Refleja también con admiración y fina ironía las costumbres populares y religiosas de la ciudad⁸.

Un germen primordial de su producción son los recuerdos de las duras experiencias vividas durante la guerra —la ocupación nazi, las ejecuciones, el traslado forzoso de los judíos a campos de concentración, los traidores, los colaboracionistas, la resistencia—, con sus terribles consecuencias: la muerte, la destrucción, el hambre y, sobre todo, para alguien hipersensible como Ioanu, la soledad⁹.

Otra fuente importante de inspiración es su propia experiencia, que imprime ese tono característico en él de confesión, engañosamente autobiográfico, en primera persona. Es ineludible aludir a su condición homosexual, que trasluce en sus relatos pero, a lo que parece, no del todo asumida, pues a menudo lo atormenta y empuja al aislamiento voluntario. Ioanu dirige su característica mordacidad, en primer lugar, hacia su persona, llegando en ocasiones a ser excesivamente autocrítico y hasta cruel consigo mismo. Su experiencia propia, y no sólo en este terreno, inspira gran parte de —si no toda— su creación, pues es una obra firmemente arraigada en la realidad y en el momento actual. Su mirada hacia ese mundo exterior (e interior) es generalmente crítica, a veces implacable, mordaz, —empezando por sí mismo—, aunque suavizada por un tono de suma comprensión hacia las debilidades humanas, sobre todo las ajenas.

⁷ En Tesalónica existía una importante colonia de judíos sefarditas, establecidos allí desde su expulsión de España, que quedó prácticamente eliminada con la ocupación nazi. Los judíos protagonizan numerosos relatos de Ioanu, entre otros «Las tumbas judías» de *Por amor propio* y «Las Incantadas» y «La cama» de *El sarcófago*.

⁸ Vid «Nuestra señora de las corrientes» y «Las Incantadas», de *El sarcófago*.

⁹ Vid el relato «La cama» de esta misma colección, donde cuenta cómo se llevaron los nazis a su vecino y amigo judío Isos.

Aunque bebe principalmente de su entorno y de las sensaciones propias que éste despierta en él, no faltan en Ioanu referentes literarios, como la canción popular, la tradición, y autores como Papadiamandis y Kavafis, temas a los cuales dedicó, como hemos visto, su interés filológico.

Hay algunos rasgos del autor que se trasladan a su estilo literario, imprimiendo a su tono un carácter incuestionablemente peculiar y único. Ya hemos mencionado su ironía, tal vez el rasgo más característico de Ioanu, que a veces se aproxima más al sarcasmo y a la mordacidad cáustica. Su innegable sentido del humor es con frecuencia un humor negro, amargo, pero, en cualquier caso, el único recurso para enfrentar el sinsentido y la —a menudo— crueldad de la vida. Es de destacar también su exacerbada sensibilidad. Una tendencia particular que ironiza él mismo en sus relatos parece ser su propensión al aislamiento y la soledad, llegando incluso a la incomunicación, que sus escarceos amorosos no lograban paliar, sino, por el contrario, acentuar, debido, probablemente, a una necesidad de ternura insatisfecha.

Por lo demás, formalmente su estilo literario es conciso, o, por mejor decir, contenido, de frases por lo general muy breves e incluso cortantes, pero cargadas de intención y/o emoción, con abundantes ironías, juegos de palabras y frases de doble sentido, sintácticamente sencillo y con una lengua engañosamente simple. A veces se le ha acusado, con evidente injusticia, de provincianismo¹⁰. Si eso está reñido con la universalidad, no merece mayor discusión: basta leer a Ioanu para apreciar su validez universal. O tal vez, todos seamos provincianos ...

4.1 «+ 13-12-43». El relato que presentamos, muy familiar para los griegos por cuanto se incluye incluso en los manuales de Literatura para Bachillerato¹¹, es sumamente representativo del autor: en él se encuentran muchos de los elementos que se repiten a lo largo de su obra: un lugar —Tsalónica— y un tiempo —la ocupación— que ha inspirado

¹⁰ E. MAVRONITIS, «Ερωτήματα για επαρχιακή λογοτεχνία» *Διαβάζω* 10, 1978, 30-39. «Yorgos Ioanu. Literatura provinciana: interrogantes y aporías. Las mezclas de seguridad y el conversador desnudo. La patología provinciana y el entusiasmo folclórico. Elecciones provincianas: otros caminos.» 1977, reed. 1978 y 1986.

¹¹ *Varií, Κείμενα Νεοελληνικής Λογοτεχνίας, Β' Λυκείου, Οργανισμός Εκδόσεως Διδακτινών Βιβλίων*, Αθήνα 1994, 374-76. *Για ένα φιλότιμο*, Αθήνα, Κέδρος, 1964, 1980 (12ª ed.) 82-85.

muchos de sus relatos; un narrador en primera persona, anónimo, pero fácilmente identificable con el propio autor, y unos hechos probablemente autobiográficos, un estilo conciso y contundente, aunque aquí con pocas concesiones a su característico humor ácido, y sobre todo un tono inconfundible, denso y a la vez insinuante, casi de confesión, que acerca la prosa de Ioanu a la poesía. Pero, sobre todo, se trata de un análisis muy crítico de la pérdida de memoria histórica de sus propios compatriotas —incluso hacia el pasado más reciente— y del injusto olvido hacia los que sacrificaron su vida por la libertad. Bajo su aparente sencillez podemos percibir la indignación del autor por el comportamiento de sus coetáneos, así como su solidaridad y simpatía hacia los que combatieron la ocupación. Como hemos indicado, pertenece a la colección *Por amor propio* (1964) y se incluye, por su contenido, entre los inspirados en los recuerdos de la guerra.

Yorgos Ioanu, « + 13-12-43 »

He llegado al punto de decir que quizás hubiera sido mejor no haber puesto nunca los pies en aquel lugar de la ejecución colectiva. Resulta que también en otras ocasiones había visitado, por supuesto, lugares de martirio o fosas colectivas. La tierra de nuestra patria está plagadita de huesos de bravos muchachos¹². Pero jamás en toda mi vida me había conmovido y llorado tanto como esa vez. Y eso, con seguridad, porque en el momento que llegué, una mujer y un hombre, hermanos, estaban abriendo la tumba de su hermano menor, que había sido ejecutado 20 años atrás. Me aproximé, y al darme cuenta de lo que sucedía, me acullillé quedamente en un rincón. Y ahora, que mi alma ha quedado allí prendida, creo que me voy a quedar para siempre, cual hierbecilla silvestre, sentado junto a aquella tumba. Y ojalá fuera así.

Cuando me acerqué, al principio, la excavación con el pico estaba muy avanzada. Además, no lo habían enterrado nada profundo. Con probabilidad habían sido mujeres quienes se habrían ocupado de inhumarlo. Al rato empezaron a brotar, uno a uno, los huesos. Estaban amarillentos, con un poco de tierra ocre pegada. La mujer, cubierta con una

¹² En griego *παλικάρια*, palabra difícil de traducir y llena de connotaciones, alude a la gallardía de los griegos que lucharon contra los turcos bajo la dominación y durante la revolución, y en general a la bravura de los muchachos.

mantilla, semiarrodillada, según los iba enjuagando un poco con vino tinto, los alineaba con devoción dentro de una caja de cartón, de esas de la ayuda americana. En todo esto no había nada repulsivo o terrible. Además, el chico tenía 16 años cuando lo ejecutaron. Y creo, sin duda, que habrá sido canonizado. En el suelo, al lado, había una vela hincada, y en el incensario ardía pausadamente el incienso. Perfumaba todo el lugar. No decían ni palabra, ni se oían llantos. Me daba cuenta, sin embargo, de que estaban llorando, así que agaché la cabeza hacia la hierba sin intentar, ni osar siquiera, mirarlos. Bastante era que me permitieran estar cerca en un momento así.

Sólo cuando se encontró el cráneo oí al hermano decir roncamente: «el tiro de gracia». Era un agujerito en la parte alta de la frente. Yo quería que me tragara la tierra, tal y como me sentía. Ahora pienso que debía haberme arrodillado, aunque soy tan indigno. Miraba continuamente una pequeña roca que tenía cerca, con sus líquenes. Ella, seguro, estaría también entonces aquí, y el chico la habrá visto; quizás incluso la habrá envidiado. Puede que estuviera también aquel árbol tan grande, aunque no hay que descartar que haya crecido más deprisa, por cuanto encontró abono en abundancia en tanta sangre y tantos cientos de cadáveres. No estaría mal que el ser humano pudiera metamorfosearse cuando se encuentra en grave peligro, o que la tierra se abriera y lo escondiera. Yo al menos eso es lo que pedía una vez que me hallé en unos insignificantes peligros, que es de vergüenza incluso pensar todavía en ellos. De todos modos, recuerdo que, en aquellos instantes, adoraba y cuidaba como nunca todos los seres inanimados, pero también a los insectos, las plantas y los pájaros. En esto, precisamente, me baso para creer que el muchacho sentiría lo mismo en aquel momento. Además, era de mi edad. No es posible que yo sea tan distinto a los demás. Yo también soy humano. Y, sin embargo, esa precisa diferencia es lo que me atormenta.

En la cima de la colina han erigido una enorme cruz muy blanca, y abajo, en la ladera, formada con piedrecitas también blancas, está inscrita la fecha: 13-12-43. Pensaba, cuando regresara a casa, ponerme a buscar aquel diario que pude llevar allí entonces, día a día. ¿Qué nos habría sucedido allí a nosotros aquel día?

Y así, mientras miraba ensimismado el poco profundo enterramiento del joven campesino, empecé a susurrar imperceptiblemente aquel canto fúnebre varonil, del que me sé sólo la letra, pero no la melodía:

*Maestros Kalavritenses¹⁵ picadores de mármol
que desbastáis mármoles y construís sarcófagos
hacedme también a mí uno bueno, mejor que los otros ...*

Pero un tropel de turistas nacionales hizo su aparición, entrando en el camposanto. Se detuvieron en torno a la mísera, en comparación con su gran sacrificio, fosa común. Parecían gente culta y no puede decirse que su comportamiento no fuera respetuoso. Incluso depositaron una corona de laurel bien trenzada, guardando a continuación un minuto de silencio. Uno de ellos empezó a leer de un papel la historia de la ejecución de las 1200 víctimas. Era una descripción tan fría, que al momento supuse que seguro la habría sacado de la última enciclopedia. Después se dispersaron hablando a voces o riendo a carcajadas. Muchos se acercaron a nuestro alrededor. Y, naturalmente, empezaron de inmediato con las preguntas, en especial las mujeres. El muchacho del pico respondía, haciendo, a todas luces, un gran esfuerzo. Era evidente que consideraban casi una suerte y un magno colofón a las emociones de la excursión el haber pillado el instante preciso de la exhumación. Al hermano, además, lo marearon tanto en un momento, que cometió el error de enseñarles incluso el cráneo con el tiro de gracia. Esto, sin embargo, debía de ser más de lo que podían soportar, porque percibí un amago inmediato de alejarse. Uno de ellos les recordó que se les hacía tarde. En ese momento la mujer agachada les pidió, si tenían, algún periódico para cubrir los huesos. Muchos se brindaron: otra cosa no, pero periódicos, y qué periódicos ...

Empezaron a descender. A unos pocos pasos se encendió una animada conversación entre ellos; como si no estuviéramos también nosotros poco más arriba. A uno se le oyó gritar con ira: «les estuvo bien empleado, mientras los demás estaban matando soldados del invasor».

Nadie replicó. Había incluso uno de uniforme entre ellos.

Me entraron ganas de lanzarme sobre aquella infame voz y estrangularla con fuerza antes de que alcanzara a continuar. Pero, por supuesto, la habían oído al mismo tiempo los dos hermanos, y se inclinaron

¹⁵ Kalávrita es una pequeña población del Peloponeso, situada entre montañas, cerca de Diákopto; su población —incluidas mujeres y niños— fue brutalmente esquilma^{da} por los alemanes durante la ocupación, con ejecuciones masivas. Por ello, en la actualidad forma parte de la Fundación de Pueblos contra el Exterminio.

aún más hacia el suelo, como si les estuvieran dando de latigazos, pero también como acostumbrados a tales cosas.

Después, el hombre dejó el pico. No quedaban, por lo demás, más huesos. Su hermana apagó la vela y recogió el incensario. Los huesos quedaron sin cubrir. El sucio periódico rodaba sobre la hierba.

Me quedé atrás con harto dolor de mi corazón. No era ni conocido, ni pariente suyo, para que me llevaran consigo, como hubiera deseado. Yo he conseguido encajar y no desentonar sólo con tipos como esos del autocar. Por eso eché a andar hacia el café más vulgar, y por el camino no dejaba de repetir: «Dios mío, no me dejes ni un buenos días intercambiar ya con tales sujetos, supuestamente civilizados».

4.2. El relato, como la mayoría de Ioanu, es muy breve: apenas dos páginas y media. El estilo es también inconfundible: frases cortas, descriptivas, deteniéndose en detalles aparentemente insignificantes, y salpicadas de comentarios y digresiones del narrador/autor.

Se puede observar una división clara del relato en dos partes bien diferenciadas, unidas por un narrador común (¿= el autor?) y sus comentarios. La acción, la mirada, se centra en los dos hermanos que están procediendo a la exhumación de los restos del hermano menor, ejecutado 20 años atrás por los alemanes, en 1943. En la primera parte el tono, y la actitud del narrador, son sumamente respetuosos, tal como corresponde a unos momentos tan íntimos y dolorosos. Como quien asiste a una celebración litúrgica, el narrador, que visita el lugar de una ejecución colectiva 20 años después, presencia como único testigo la exhumación de los restos del muchacho por parte de sus hermanos mayores. Tímida y fervorosamente permanece casi agazapado en un rincón, como un intruso que se cuela en una ceremonia muy privada.

El autor, sabiamente, rehuye los detalles de la ejecución, o la fácil exaltación del heroísmo del joven. No quiere remontar al pasado, a los duros años de la Ocupación y la guerra¹⁴, sino que su denuncia se centra en el presente. El motivo, el suceso elegido, no es la ejecución en sí, sino la exhumación de los restos años después, y la actitud de los griegos ante esa especie de «exhumación» de la memoria. La acción se

¹⁴ Como ha hecho, por lo demás, en otros relatos: *vid.* «la sirena», «la leche», «las cabezas», «los baños portuarios», y «declaro por mi honor», además del mencionado «la cama» en la citada colección de *El sarcófago*.

sitúa, pues, en 1963 (un año antes de la publicación de *Por amor propio*). En torno a esa fosa común se reúnen, casualmente, los personajes del relato: por un lado los dos hermanos y el narrador, por otro el grupo de turistas. La descripción del hallazgo de los huesos del hermano asesinado es escueta y sobria, casi lacónica: Σε λίγο, ένα ένα, άρχιζαν να ξεφυτρώνουν τα κόκαλα. Ήτανε κατακίτρινα, με λίγο καστανό χόμα κολλήμενο πάνω τους («*Al rato empezaron a brotar, uno a uno, los huesos. Estaban amarillentos, con un poco de tierra ocre pegada*»). La hermana procede a lavarlos devotamente con un poco de vino. La escena se desarrolla en un religioso silencio, roto sólo ante el hallazgo del cráneo por una frase tajante del hermano: «*el tiro de gracia*». La similitud con una liturgia religiosa es tal que el narrador no se atreve a mirarlos directamente, como quien está invadiendo la intimidad, inclina la cabeza y finalmente, «*a pesar de ser tan indigno*», semiarrodillado en una esquina, acaba entonando una oración fúnebre por el muchacho, de su misma edad.

El tono que preside toda esta primera parte está cargado de sensaciones y sentimientos transmitidos, en breves y precisas pinceladas, al lector: la hermana semiarrodillada, la vela ardiendo lentamente, el incienso que perfuma todo el lugar, el silencio y las lágrimas calladas crean una atmósfera de sobrecogimiento y devoción que intimida y turba al narrador, como confiesa desde el principio: φτάνω στο σημείο να πώ, πως ίσως θα ΄ταν καλύτερα να μην είχα πατήσει ποτέ μου σε κείνο τον τόπο της ομαδικής εκτελέσεως («*he llegado al punto de decir que quizás hubiera sido mejor no haber puesto nunca los pies en aquel lugar de la ejecución colectiva*»). Evidentemente, no es un narrador objetivo, sino que se identifica desde el primer momento con los hermanos, *simpatiza* con ellos, en sentido etimológico, es decir, sufre con ellos, participa de su dolor: ποτέ μου δεν ταραχτήκα και δεν έκλαψα τόσο, όσο αυτή τη φορά («*jamás en toda mi vida me había conmovido y llorado tanto como esa vez*»). Pero se mantiene en un prudente segundo plano, pues al fin y al cabo no los conoce, como apunta al final: «*No era ni conocido, ni pariente suyo, para que me llevaran consigo, como hubiera deseado*» y «*bastante era que me dejaran estar allí en un momento así*». Aunque ni siquiera se conocen, su alma ha quedado para siempre allí prendida, en aquella tumba, como una hierbecilla silvestre: τώρα, που η ψυχή μου έχει κολλήσει εκεί, μου φαίνεται πως θα μείνω για πάντα, σαν ένα αγριόχορτο, καθισμένος δίπλα σε κείνο τον τάφο.

En la segunda parte irrumpe el grupo de turistas, y el autor tiene interés en recalcar que se trata de turistas *nacionales* (εντόπιοι), pues el paralelismo y la antítesis de ambas partes da a entender que el turismo no es sino otro tipo de ocupación. Los peculiares comentarios del narrador, aunque concisos, no son en absoluto neutros, sino que por el contrario traslucen su identificación con los dos hermanos y su amargura por el fácil olvido al cabo de tan pocos años. El comportamiento de los turistas, aunque en principio correcto, le produce un profundo rechazo que no oculta. En primer lugar entran en el campo-santo (ιερό περιβόλι) rompiendo la paz del lugar, depositan la corona de laurel y leen la historia de la ejecución (es tal la amnesia que tienen que llevarla apuntada en un papel), ahí ya el narrador marca las distancias entre el grupo y él: «*Era una descripción tan fría, que al momento supuse que seguro la habría sacado de la última enciclopedia*», e inmediatamente se pone del lado de los hermanos: πολλοί ήρθαν τριγύρω μας («*Muchos se acercaron a nuestro alrededor*»). A diferencia del suyo, el respeto de los turistas es sólo aparente, cuestión de formas, pues no tienen el menor pudor en vociferar o reírse en un lugar como aquél: «*Después se dispersaron hablando a voces o riendo a carcajadas*». El tono del relato cambia por completo en esta segunda parte, marcando un claro contraste con la anterior: los comentarios aumentan y su tono ácido: «*otra cosa no, pero periódicos, y qué periódicos ...*», «*era evidente que consideraban casi una suerte y un magno colofón a las emociones de la excursión el haber pillado el instante preciso de la exhumación*», «*me entraron ganas de lanzarme sobre aquella infame voz y estrangularla con fuerza antes de que alcanzara a continuar*» «*había incluso uno de uniforme entre ellos*», «*me quedé atrás con harto dolor de mi corazón*», así como la frase final: Θεέ μου, μη μ'αφήνεις, ούτε καλημέρα να'χω πια με τέτοια, δήθεν εξευγενισμένα υποκείμενα («*Dios mío, no me dejes ni un buenos días intercambiar ya con tales sujetos, supuestamente civilizados*») dejan bien clara la postura del autor.

Lo que intenta con ello es despertar nuestras conciencias —las de los griegos, las de todos nosotros— respecto a hechos históricos bien recientes y que ya parecen olvidados, aunque para muchos de sus protagonistas están aún dolorosamente vivos. Y, más en general, sobre nuestra actitud hacia determinados valores morales universales, como el sacrificio o la lucha por la libertad. Por desgracia «*La tierra de nuestra patria (= Grecia) está plagadita de huesos de bravos muchachos*», pero esos «sagrados lugares» se han convertido casi en un atractivo turístico.

Incluso alguno, ignorando *«tan gran sacrificio»*, llega a la ignominia de justificar al enemigo que ejecutó a sus compatriotas.

La intención del autor no deja el menor resquicio de ambigüedad. El contraste, tanto formal como de contenido, entre las dos partes es diáfano. En la primera, las imágenes transmiten respeto y religiosidad: el silencio, las lágrimas ahogadas, la voz ronca del hermano, la cera y el olor a incienso, el narrador azorado en un discreto puesto de observación, mientras que el tumulto de los turistas, su fría descripción de los hechos, sus voces y carcajadas, su falta total de sensibilidad, su curiosidad morbosa y su malestar hipócrita al ver el cráneo agujereado, y la puñalada final del que comenta en voz alta que le estuvo bien empleado, no producen sino una profunda desazón y vergüenza ajena. Inevitablemente, pensamos en ese momento en el dolor de los hermanos, que han oído la frase, como un segundo «tiro de gracia», esta vez de sus propios compatriotas. La reacción del narrador de ahogar esa voz infame es justificable y compartida. Pero no le queda sino la frustración de permanecer allí, —al fin y al cabo no es nada de ellos— y de saberse más cercano a «esos sujetos» del autocar que a los jóvenes campesinos. Por ello se dirige hacia el café más vulgar, más popular (για το πιο λαϊκό καφένείο), rogando a Dios que no le permita tener la menor relación con tales tipos «supuestamente (δήθεν) civilizados».

Pues otra de las antítesis que establece aquí es la de la ciudad / el campo. El joven asesinado era «un muchacho de pueblo» (χωριατόπουλο), mientras que la horda (μπουλούκι) del autocar son gentes de ciudad, en apariencia cultas. La admiración de Ioanu hacia la gente del campo, así como sus recelos e ironía hacia los «supuestamente civilizados» (poetas, profesores de Universidad, funcionarios del Gobierno) es patente a lo largo de toda su obra.

La identificación, por otra parte, de Ioanu, es decir, del autor, con sus personajes —por cierto, todos anónimos, siguiendo su costumbre— alcanza aquí el *summum* de la complejidad. Por una parte parece evidente que el narrador es su propia voz, pero también parece identificarse con el muchacho muerto, de su misma edad —16 años— y, efectivamente, Ioanu, nacido en 1927, tenía 16 años en 1943. El muchacho, pues, podría haber sido él mismo, quien, al fin y al cabo, y haciendo una vez más gala de su característica ironía y crueldad consigo mismo, apunta que *«no puedo ser tan diferente a los demás, yo también soy humano»* (άνθρωπος είμαι κι εγώ), aunque apuntala el sarcasmo con la confesión de que es, precisamente, esa diferencia la que lo atormen-

ta. Pero, en un arriesgado salto mortal y sabiendo que muchos de sus relatos se inspiran en datos autobiográficos, podemos pensar que con quien de verdad se identifica Ioanu es con los dos hermanos. En efecto, su hermano menor murió aproximadamente a la edad del protagonista —a los 18 años, concretamente— aunque no ejecutado, sino de una enfermedad pulmonar. Ioanu arrastró siempre un tremendo e injustificado complejo de culpabilidad por esa muerte, como deja entrever en muchos de sus escritos¹⁵. Por si fuera poco, las circunstancias narradas aquí recuerdan sorprendentemente las vividas por su familia al afrontar la exhumación de su hermano, recogidas en uno de sus más conmovedores relatos, «El olor a tierra» de *El sarcófago*, con un tono mucho más personal y desgarrador:

«Con la llegada de agosto nos entra de nuevo en casa la angustia. Entramos y salimos, no hablamos en absoluto de la cuestión que nos atormenta, pero todos nosotros pensamos únicamente en eso. Tal que este mes, hace cinco años, murió repentinamente la persona más querida para nosotros y ahora había llegado ya la hora de hacer su exhumación. (...) Cuando se cumplieron los tres años, no se nos podía ni pasar por imaginación exhumarlo. Aborramos a trancas y barrancas el dinero, echamos una solicitud en el Ayuntamiento y finalmente, con bastante dificultad, nos concedieron un año de prórroga. (...) Este año, pues, mucho me temo que nuestra solicitud será rechazada y los huesos amados saldrán de la tierra y se perderán. Esto será para todos nosotros como una segunda pérdida y estoy seguro de que en la casa reinarán durante días plañidos y desesperación. (...) Y ¿quién de nosotros podía presentarse en ese desenterramiento? Me tiemblan las piernas, y sólo de imaginarme en cierto modo la escena, los pulmones se me empapuzan del olor a tierra, diríase que me encuentro yo también metido en las profundidades de la misma. Esto con el olor a tierra me sucede desde el momento en que vi borrosamente caer sobre él la tierra muchas veces reutilizada. (...) Yo me tomo el asunto de otra manera, como una señal, y me obsesiono con los remordimientos. No me ocupé de él cuando estaba vivo, me digo para mí, ni me ocupo tampoco ahora. Me insulto a mí mismo: pánfilo, indeciso, que no sirves para nada. Quizás no hubiera muerto. Quizás; si no lo hubiera llevado en medio de la noche a aquel hospital miserable, en el que unos médicos indi-

¹⁵ Por ejemplo «la matrícula» o «Nuestra Señora de las corrientes» de *El sarcófago*.

ferentes y unas putas enfermeras nos dejaron morir al niño. ¿Por qué me comporté tan a la ligera? ¿cómo no me di cuenta del peligro? ¿por qué no meterme en deudas hasta el cuello?. Me levanto y cuento el dinero para la exhumación. Lo tengo desde hace tiempo reservado. Es el subsidio «para el balneario» que nos dieron en el Servicio. Pero el Ayuntamiento no lo aprobará, —lástima— no lo aprobará».

Estos hechos reales, y los remordimientos —probablemente incrementados por su carácter obsesivo— que, como él mismo reconoce, le atormentaron toda su vida, además de la responsabilidad en la exhumación, que recayó sobre él como hermano mayor, nos permiten suponer que, en el relato que ahora nos ocupa, con quien verdaderamente se identifica el autor/narrador no es con la víctima, sino con los hermanos que están desenterrando sus huesos en silencio. «El olor a tierra», después de declarar escuetamente que «*es algo horrible, los huesos desnudos*», acaba con un estremecedor verso: «*Te temo, hermanito mío, y hueles a tierra ...*». Así pues, en «+ 13-12-43» nos encontraríamos con que el autor se desdobra, identificándose a la vez con el narrador, con el hermano que desentierra, e incluso con la víctima, quien —no lo olvidemos— tiene su misma edad y cuyos sentimientos el narrador cree compartir: «*(...) En esto, precisamente, me baso para creer que el muchacho sentiría lo mismo en aquel momento. Además, era de mi edad. No es posible que yo sea tan distinto a los demás. Yo también soy humano*».

Demasiado humano, parafraseando a Nietzsche. En cualquier caso, lo que tiene validez es la sacudida a nuestras conciencias, el aldabonazo en contra del olvido que ejerce ese narrador solitario y turbado, por el dolor que comparte con esos hermanos —al fin y al cabo desconocidos— y avergonzado por el comportamiento sacrílego de unos individuos entre los que, por desgracia, no desentonaría/mos. Sólo nos queda reclamar, como Seferis en sus *Argonautas*: *Δικαιοσύνη! (¡justicia!)*.

5. BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Δώρου ΘΕΟΔΩΤΟΥ, Γιώργου Ιωάννου + 13-12-43 en *Νεοελληνική Λογοτεχνία. Οι εξηγήσεις στα συνέδρια ποίησης και πεζογραφίας*, Λευκωσία, 1991, 327-333.
- N. ΤΡΙΑΝΤΑΦΥΛΛΟΠΟΥΛΟΣ, «Ένας επιτάφιος με τον τρόπο του Γ. Ιωάννου, + 13-12-43», *Νεοελληνική Παιδεία* 17, 1989, 134-142.
- Γ. ΑΡΑΓΗΣ, Το λογοτεχνικό πεζογραφικό έργο του Γ. Ιωάννου, *Φιλολογος* 43, 1986, 22-32.

- Αλ. ΚΟΤΖΙΑΣ, *Μεταπολεμική πεζογραφία*, Αθήνα, Κέδρος, 1982, 42-54.
- Μ. ΚΟΥΜΑΝΤΑΡΕΑΣ, «Σκέφτομαι τον Ιωάννου» en *Πλανοδίου Σαλπιγκτής Κέδρος*, Αθήνα, 1989, 157-171.
- Δ. ΜΑΡΩΝΙΤΗΣ, Ερωτήματα για την επαρχιακή λογοτεχνία, *Διαβάζω* 10, 1978, 30-39.
- Π. ΜΟΥΛΛΑΣ, «Γ. Ιωάννου· Για ένα φιλότιμο», *Εποχές* 26, 1965, 72-74.
Οδός Πανός 86-87, 1996 (monográfico).
- Λ. ΡΟΛΙΤΙΣ, *Historia de la literatura griega moderna*, trad.esp. G. Núñez, Madrid, 1994, 269 y 180.
- Απ. ΣΑΧΙΝΗΣ, *Μεσοπολεμικοί Πεζογράφοι*, 1979, 151-155.

